

Los Libros

LA GRAN LITERATURA IBEROAMERICANA, por *Arturo Torres Riosco*.—Ediciones Emecé. Buenos Aires

Arturo Torres Riosco, chileno de Talca, hace ya más de veinte años que vive en los Estados Unidos a donde se fué para estudiar literatura. Allá se quedó como profesor de su ramo y actualmente desempeña la cátedra de literatura en la Universidad de California. Personalmente es un hombre cordial, alegre y buen conversador, que gusta de fraternizar con sus compañeros de letras chilenos, en charlas que son de positivo interés por el conocimiento que tiene de los temas relacionados con la literatura y con los hombres que a ella se dedican y a quienes Torres Riosco ha tenido oportunidad de conocer en sus numerosos viajes realizados a través del continente.

Ahora publica este volumen en Buenos Aires sobre lo que él llama «La Gran Literatura Iberoamericana». Esperábamos encontrarlo más agudo y certero en sus juicios después del largo conocimiento que tiene con estas tareas a las cuales ha dedicado la mayor parte de su existencia. Pero la verdad es que en este libro sólo nos da una visión excesivamente somera y apresurada de esa gran literatura a la que debió dedicar un estudio más hondo y más cabal en su génesis y en su significado espiritual, puesto que es el producto de razas mestizas amalgamadas en el tronco ibérico que ofrecen una curiosa mezcla de sentimientos que llevados al arte dan una expresión muy original de la vida y de los problemas americanos.

Sin embargo Torres Rioseco no se propone dilucidar ningún problema en este libro. Es un mero informador de lo que hizo cada autor, y, aunque hace clasificaciones sobre las diversas tendencias que se advierten en esta literatura, no define en ninguna ocasión las causas y orígenes que dieron lugar al nacimiento de un tipo de escritor en tal o cual género. De Blest Gana dice, por ejemplo, que este novelista se propuso ser un Balzac chileno, pero no explica el carácter de su creación literaria ni lo que ésta representa dentro de la evolución social de Chile. Sus apreciaciones carecen de una orientación precisa en este aspecto. Al hablar de Joaquín Edwards, anota que es un novelista de la ciudad y que su novela «El Roto» es la más leída. El lector se queda pensando en si en realidad, a juicio del crítico, esa obra pinta en su verdadero aspecto, una de las capas sociales de nuestro país.

Pasa a tranco largo por muchos de los más interesantes problemas que tienen relación con el pensamiento y con las ideas de un pueblo que está echando las bases de una literatura en la cual se refleje lo que es su carácter y su vida, de acuerdo con las modalidades y costumbres que lo diferencian de los que viven en otras latitudes. Una copiosa bibliografía hace desconfiar que el autor de este libro, americano del sur, no conoce bien la psicología de la raza a la cual pertenece, y que se extravía un poco al hacer apreciaciones que más bien se basan en informes librescos, que en la observación y comparación de lo que es la vida de estos países de sangre iberoamericana. A ratos se entusiasma con arranques de joven que hace sus primeras lecturas, y pondera obras como las de Viana o de Benito Lynch en forma que está bien distante de la realidad. Hay algo curioso en este libro de Torres Rioseco, pues cuando se refiere a obras y autores chilenos los trata con una especie de desdén olímpico, como si orillara un grave compromiso del cual no se puede desprender. Y en esto no tiene razón en absoluto, pues la literatura de Chile tiene ya una calidad que no es para mirarla con tanto

desabrimiento. Hay aquí nombres literarios que pueden ponerse sin desmedro al lado de otras grandes figuras de América. Da esta actitud la penosa sensación de que hay en el fondo un afán de destruir lo poco que aquí existe o equivocar la opinión con un espíritu que yo no me atrevo a calificar sino como un gran error de Torres Rioseco, pues no se le puede suponer otras intenciones. Y esto es sensible, pues se trata de un libro destinado a tener una amplia circulación en los países de la América Latina.

Tal vez sería indiscreto decir que en muchos de los críticos se observa una tendencia a hacer una gran diferencia entre sus apreciaciones personales—cuando conversan—y las que escriben en sus artículos o libros. Es probable que haya en esto alguna especie de secreto profesional que a los profanos no les es dado penetrar. Pero en este libro apresurado de Torres Rioseco, no es sólo la falla que anotamos, sino además la ausencia de puntos de vista que revelen a un hombre que se ha formado conceptos exclusivamente suyos sobre el tema que trata. Por lo menos esta es la impresión que nos deja la lectura de esta obra de nuestro compatriota Arturo Torres Rioseco.—L. D.



DESDE LA ÚLTIMA VUELTA DEL CAMINO, por Pío Baroja

Pío Baroja, el más grande de los escritores de la hora actual, ha iniciado la redacción de sus memorias en el momento en que dice haber perdido esta facultad. Circunstancia temporal y anímica que puede explicar, en parte, la repetición constante que una crítica minuciosa podría resaltar. Pero lo interesante consiste en determinar la posición de Baroja en la hora en que se decide, a petición de un editor, a desandar su camino en busca del tiempo perdido, lugar común en todas las épocas y elevado a categoría estética desde la fecha en que Jorge